

## **FESTIVAL INTERNACIONAL CERVANTINO XLVI**

### **ENCUENTRO POR LA CRÍTICA CULTURAL**

#### **MÚSICA**

##### **INTRODUCCIÓN**

En un momento en el que los espacios para la Crítica especializada parecen ir perdiendo terreno, tanto en los medios como en una sociedad en la cual abundan “especialistas” cibernéticos que pretenden opinar de todo sin más conocimientos que los que les brinda la inmediatez de estar a un click de todo, es de celebrar este inédito ejercicio propiciado el Festival Internacional Cervantino al convocar a los interesados en ella a interactuar de manera directa con quienes, por más de dos décadas, nos hemos dedicado a cuestionar el nivel de excelencia que debe imperar en la labor artística, así como la relación entre ésta y el entorno que la cobija.

En lo personal, esta experiencia ha sido sumamente alentadora desde el momento en que leí los trabajos enviados por todos los aspirantes a participar en este Encuentro, hasta aquel en el que, tras haberse realizado y compartido opiniones y experiencias con los cuatro elegidos a acompañarnos en tierras guanajuatenses, constato que la mirada crítica no se ha perdido. Ahí está, en ellos, trémula si se quiere, pero esperando oportunidades como ésta para compartir sus puntos de vista.

Los elegidos han pasado de la teoría a la práctica y de la utopía al mundo real al entregar en tiempo y forma las reseñas de los eventos a que asistieron durante su estancia cervantina. A mi participación como ponente y jurado se suma la de editor al enmendar esos pequeños detalles que también me fueron corregidos cuando imperaba en mí la inexperiencia y que, simplemente, refuerzan y esclarecen el mensaje.

No he podido optar por una sola reseña. He aquí las dos mejores, cada una con su tono y estilo propio, pero compartiendo la valía de la expresión directa y honesta, requisito ineludible para considerar que el primer paso para mantener la estafeta en el aire, ha sido dado.

Lázaro Azar Boldo

## A la medida

Jorge Delgado

Cuando elegimos ropa siempre hay que tomar en cuenta muchos factores para seleccionar nuestras prendas. Se puede prestar atención en el color, la textura de la tela, el material, los cortes, pero, el más importante, en mi opinión, es la talla. Si optamos por una más grande de la que nos corresponde, nos veremos bastante desaliñados; en cambio, cuando se elige una muy pequeña corremos el riesgo de parecer tamal mal amarrado. Nada como la talla exacta para resaltar y lucir nuestros mejores atributos. En la música sucede un algo parecido cuando se selecciona el repertorio que se montará en un concierto o los elementos que conformarán una nueva composición. En ocasiones se da en el blanco cuando se toma una sabia elección o se erra, a veces de tal manera, que el público se marcha con una no muy grata experiencia.

El miércoles 17 de octubre desfilaron por mi pasarela o, mejor dicho, tuve la oportunidad de asistir a dos presentaciones que, en circunstancias normales, solo habría escuchado en versión digital.

*Harriet*, de Hilda Paredes, fue el primer evento al que asistí durante mi tarde noche cervantina; es un monodrama de naturaleza delicada y detallista que relata la historia de Harriet Tubman, activista y abolicionista afroamericana que luchó por la libertad de sus semejantes, tema con gran relevancia actualmente debido al racismo que se vive en Europa y E.E.U.U. La obra logra una belleza abstracta al conjuntar melodías tonales con motivos basados solamente en tímbrica y ritmo (que más de uno denominaría como mero ruido), logrando pasajes que atrapan la atención del escucha. La interpretación fue de alta calidad y bastante cuidadosa por cada uno de los intérpretes, en especial de la soprano Claron McFadden (Harriet Tubman) quien demostró gran dominio tanto de las técnicas tradicionales como de las técnicas extendidas que le exige su papel, fueran tímbricas, dinámicas o de dicción. La obra contó con un pequeño elenco que logró una gran producción. Música, vestuario, especialización electrónica, guion, iluminación y escenografía, trabajaron en equipo para lograr un balance perfecto que mantenía siempre la expectativa y la fluidez de la historia. Mi único descontento son los *glissandi* diatónicos en la marimba, elemento compositivo que no encajaba en las atmósferas propuestas por la propia compositora.

Más tarde y menos intrépida, la Orquesta Sinfónica de Aguascalientes, y su titular José Areán, se presentó tradicional y conservadora, con obras canónicas de gran prestigio y altas dificultades interpretativas. El programa consistió en un doble 100, el primero conmemorando el centenario luctuoso de Claude Debussy y el segundo celebrando el centenario del nacimiento de Leonard Bernstein. *El mar* y *El preludio para la siesta de un fauno*, obras representativas del repertorio orquestal impresionista y famosas por sus contrastes en tímbrica, densidad y matiz, no cumplieron con mis expectativas y me dejaron con anhelo de un mejor manejo de estos detalles. Las texturas y contrastes que Debussy pide en sus piezas, no fueron más que reflejos de sueños rotos y un espejismo que jamás alcanzó el oasis.

Bernstein se hizo presente en dos atuendos: El primero, la obertura *Candide*, en una talla realmente ajustada. Aun cuando la orquesta dominó la pieza, pareció una obra realmente de muy bajo nivel para ellos. El segundo, la sinfonía *La edad de la ansiedad*, última obra de la noche, trajo consigo los matices, articulaciones y contrastes de los que se privó a Debussy; sin embargo, ya era demasiado tarde.

Y aquí el resumen de la pasarela:

Lo mejor de la noche, Hilda Paredes marcando tendencia con el gran atuendo de alta costura, detalle y precisión que diseñó y vistió, en tanto que la orquesta de Aguascalientes debería seriamente considerar renovar su guardarropa... o cambiar de sastre.

## Entre ensueños y delirios

Ivonne Hernández

Una frágil línea divide el soñar y el delirar. En la Antigüedad, se decía que la música era capaz de cambiar nuestras emociones, nuestra manera de percibir las cosas y de mover nuestros “afectos”. La ópera *Harriet* de la compositora Hilda Paredes y la interpretación de la Orquesta Sinfónica de Aguascalientes no fueron la excepción de este fenómeno. Ambos eventos pudimos apreciarlos este 17 de octubre, como parte del XLVI Festival Cervantino.

Actualmente, la música contemporánea suele ser sinónimo de locura, ruido, sonidos sin sentido y un ser delirante que solemos llamar compositor.

¿Qué puedo decir de *Harriet*, parte del proyecto OM21 (Ópera Mexicana del siglo 21)?

Estar ahí fue como un sueño confuso, fue una sensación de “irrealidad virtual” que se experimenta desde los primeros segundos de la obra, gracias al balance entre las nuevas tecnologías y las no tan nuevas.

Están las atmósferas musicales, que, además, son de naturaleza ruidista con un amplio uso tímbrico por parte de la compositora. Junto a esta extraña sonoridad, está la especialización de la electrónica en la sala, engañando nuestros oídos. Esto no hubiera sido posible sin la impresionante ejecución de los instrumentistas y las cantantes. Una interpretación única con un dominio total de su instrumento.

Otro elemento vital fue la escenografía, que ayudó a la creación de ese ambiente como de estar inmerso en una ilusión o recuerdo, logrado gracias al *video mapping*, el uso de proyecciones de video sobre superficies reales para conseguir un efecto fuera de lo común.

La trama de la ópera es la vida de Harriet Tubman, mujer activista y abolicionista de raza negra que luchó por la libertad de los esclavos afroamericanos. Un tema social, en mi opinión, algo “ajeno” a los mexicanos, habiendo tantos temas de gran importancia social en México que podrían causar una mayor empatía con el público; sin embargo, aunque esta historia tal vez no sea tan atractiva a primera vista, te atrapa gracias a la constante tensión en escena; lástima que hubo algunos resbalones que interfirieron con la tensión, rompiendo la sensación de estar inmerso en ese “sueño incómodo”.

Y tras los sueños incómodos, pasamos a la verdad incómoda: la Orquesta Sinfónica de Aguascalientes tenía una gran responsabilidad, la interpretación de obras de Debussy y, la verdad, no le salieron a la orquesta.

*El mar, tres bosquejos sinfónicos para orquesta* de Debussy debería darnos la impresión de hacernos flotar en un océano, pero lo más que logró fue dejarnos en un charco y el *Preludio a la siesta de un fauno*, de un dulce sueño lujurioso, cruzó esa línea convirtiéndose en un delirio para el que escucha.

El compositor se aseguró de dejar a sus intérpretes una amplia gama de indicaciones con la finalidad de que el mensaje de fragilidad y la sutileza fuera captado e interpretado de la forma más precisa posible. Se requiere una meticulosa interpretación en cuestión de rango dinámico, articulaciones

para cada instrumento, fraseos que den una sensación de vaguedad, de abstracción y todas esas sonoridades que caracterizan a Debussy. Todos esos elementos que no se encontraron en la interpretación de la orquesta.

Además, para colmo, la acústica del Teatro Juárez no ayudó esa noche a la orquesta ni un pelo, alejándola del público más de lo que ya estaba. Y si me preguntan de Bernstein, ni pintó. Aunque sonó mucho mejor que la interpretación de Debussy, no fue lo suficiente para mover ni uno de mis “afectos”.

Dos eventos que rompieron con mis expectativas. *Harriet*, un delirio que se convirtió en un sueño, y la Orquesta Sinfónica de Aguascalientes, que, en mi decepción, no logró sacarme de esta realidad, ni llevarme al mundo de ensueño de Debussy.